

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de Niños: El Gato y la Rata, por P.—Clemencia (conclusion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Labores, por idem.—La Tempestad y el Niño, por doña Micaela de Silva.—GRABADOS: *El Gato y la Rata*.—*Punto de crochet tunecino*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

EL SABER.



Si la necesidad no prescribiera á la mujer el mayor esmero en su educacion é instruccion, se la prescribirla su conveniencia; y diremos mas, hasta su amor propio y su vanidad. Aun cuando esta no se contenga en sus justos límites, se encontrará altamente satisfecha al ver los resultados de lo que aprendiera y de lo que sabe; se verá lisonjeado su amor propio con diferentes y continuas distinciones, y en cuanto á su conveniencia, está sobre todo encarecimiento, y ya la hemos demostrado alguna vez presentando la mision de la mujer al frente de la familia y en el hogar doméstico.

Pero no es aquí solamente donde brilla la mujer y tiene destinado un papel de importancia, es en la sociedad y en todas partes, porque todo el mundo es teatro para la mujer; pues si se la exime de la guerra, allí la lleva, sin embargo su ardiente caridad, y se la vé con valor heróico arrostrar los mayores peligros para cuidar de los heridos, y despreciar las epidemias para atender á los enfermos.

El verdadero templo de la mujer es la casa y la sociedad, y en ellas debe tener su culto sin pretenderlo por vanidad sino consiguiéndolo por sus prendas y sus virtudes.

Podrian bastar estas para que sea debidamente apreciada en la familia, pero la sociedad exige hoy algo mas, y ese algo hay que concedérsele, si se ha de vivir en ella, si se busca ó se desea el buen concepto de esa sociedad que, podrá tener sus defectos,

como todo lo humano tiene en el mundo, pero que abunda en excelencias, y hay en su conjunto una perfeccion encantadora.

Compuesta la sociedad de múltiples elementos, como está sujeta á leyes convencionales y no se puede prescindir de la moral mas pura, aunque se toleren faltas, su juicio, en resúmen, es severo, y cuando es favorable en medio de esa severidad, lisonjea como el mayor blason.

Así, pues, sobre las cualidades que dé una educacion perfecta hay que poséer las de una instruccion esmerada, con la cual se brilla en sociedad y en todas partes; no haciendo vanidoso alarde de ella, sino demostrando cuando es necesario y conveniente, lo que hay el deber de no ignorar, y lo mas que se haya aprendido.

La niña, que desde bien temprano forma sociedad con sus compañeras, puede comprender perfectamente el papel que entre las mismas hace la que mas sabe: ella sostiene la conversacion y dirige los juegos; á ella la preguntan y la consultan todas, y sin pretenderlo ejerce una superioridad que no puede menos de lisongearla. A la que esto acontezca de niña, qué le faltará para ocupar de mujer en la sociedad el lugar que le corresponde, y ocuparle con brillo?

Acostumbrada desde niña al trato de gentes, á conocer los caracteres y quizá hasta las intenciones de las demas personas, le es fácil apreciar sin equivocarse las buenas ó malas prendas de cada uno, y saber el trato que merece cada cual.

La instruccion necesaria para esto la hemos demostrado ya, y como base para adquirirla la educacion intelectual; esto es, educar y desenvolver desde la niñez esa facultad, segun manifestamos en el anterior artículo. Así como á un árbol tierno se le dá la direccion que se quiere, así puede guiarse la inteligencia de una niña. Este es el trabajo de la educacion, que no se limita á aprender reglas de urbanidad, á decir cuatro palabras corteses y demostrar

amabilidad, sino á poseer de corazon y como un deber todo lo que constituye el mejor patrimonio de una persona bien nacida y bien educada, y cuya instruccion ha de ser la gloria de la familia, el órden de la casa y el encanto de la sociedad.

Este es el destino de la mujer, este es el porvenir de las niñas que son bien educadas é instruidas, y ya les hemos manifestado en otros artículos á cuán poca costa pueden conseguir tanto. Sin poder apreciarse en la niñez toda la importancia del anterior resultado, básteles considerar lo lisonjeada que se ve una niña aplicada y buena en toda la estension de esta palabra, y piensen que esto es un pálido reflejo del brillo que rodea y realza á la mujer que tiene el amor de la familia, y el respeto y la distinguida consideracion de la sociedad.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XVII.

De Leonor á Adela.

Te escribo bajo la impresion de un suceso que me ha afectado hondamente, mi querida Adela.

Ayer como sabes era mi cumpleaños, y vinieron á pasar la tarde conmigo muchas de mis amigas. Mi tio siempre deseoso de complacerme, se ofreció á acompañarnos á dar un largo paseo, que se terminaria en el teatro.

Aceptamos con júbilo, y nos dirigimos á la Montaña del Príncipe Pío, siguiendo la hermosa senda que bordea el ferro-carril del Norte.

Yo iba delante, entre Camila y Teodora, que son dos verdaderos antípodas morales.

Camila franca, bondadosa, complaciente, seria una jóven perfecta si no afease tan bellas cualidades con dos gravísimos defectos. Es oficiosa y habladora; pero ambas cosas las hace tan sin tino, que suele acarrear la enemistad de todo el mundo. Habla á diestro y á siniestro, sin entender de qué se trata; dice sin reserva lo que sabe ó inventa lo que no sabe con un aplomo que pasma. Como habla tanto y tan sin reflexion suele suceder á menudo que ella misma sin querer destruye sus propias invenciones, pero no creas que se aturda por esto. Cuando se encuentra cogida en sus propias redes, se echa á reir con una franqueza inaudita, y dice que estas mentirijillas inocentes sirven de adorno á los discursos y dan interés á la conversacion.

En efecto, sus invenciones nunca son graves ni traen consecuencias funestas mas que para ella misma; pues como todos conocen su ridícula costumbre no prestan fé á sus palabras y la niegan la estimacion que se merece por sus buenas cualidades.

Camila lo conoce, y á veces deplora este hábito fatal que ha contraido en su niñez, y ha degenerado en vicio. A mí en lugar de aversion me inspira lástima, y tal vez su ejemplo es el que mas ha contribuido á que refrene mi lengua y tribute un apasionado culto á la verdad.

Ya te he dicho que Teodora es el reverso de la medalla; ésta no solo habla por monosílabos, sino que nunca pronuncia una palabra sin que haya pasado muchas veces por el tamiz de su razon, lo cual la comunica un aire rígido, frio y ceremonioso, que la cierra el camino de todos los corazones.

En su trato jamás se halla esa expansiva franqueza que atrae las simpatías. La verdad y ella son dos cosas indivisibles; pero la verdad en sus lábios se reviste de formas siniestras, y cada una de sus palabras es una saeta que va á herir de muerte el alma ó la reputacion de alguno. Tanto por esta malévola intencion, como porque todas sus acciones están sujetas á cálculo y medida, Teodora no tiene amigas, como no las tiene Camila, por su insoportable, aunque bondadosa charla.

Yo iba, pues, entre las dos, pensando sériamente en el medio de no caer en estos ridículos extremos, cuando Camila interrumpió su discurso, para esclamar con alegre tono:

—¡ Ahí viene Leopoldo! Lo ves?... Está muy lejos aun, pero viene corriendo!... Se conoce que habrá ido á tu casa y le habrán dicho que estábamos aquí!...

— Te debes haber equivocado, respondí llena de turbacion. Nada sabian los criados!...

— Ya te has cuidado tú de que lo supieran! dijo Teodora secamente.

— ¡ Oh, que sí, oh que sí! repuso Camila, y luego prosiguió imitando mi tono y mis maneras: Rufina, tráeme el sombrero, el azul no, porque no vamos á Recoletos sino á la Montaña... Rufina, tráeme las botas claras, porque como seguiremos el camino que hay junto al ferro-carril, quizás llegaremos muy lejos, divertidas con ver llegar los trenes... No me traigas la sombrilla grande, Rufina, porque vamos á pié, y cuando llegemos allá ya no habrá sol.

En verdad que yo habia dicho todo esto, pero casi instintivamente, y me ruboricé al oirla. Buscaba una respuesta cualquiera para ocultar mi turbacion, cuando resonó un grito general de espanto, y todas las gentes del paseo se arremolinaron en un solo punto.

El tren llegaba!... La locomotora avanzaba velozmente, silvando y despidiendo una columna de negro humo, y en medio de ambos rails permanecía es-

tático y contemplándola absorto un niño de pocos años....

El inocente no comprendía el peligro, no atendía á nuestros gritos!...

Un segundo mas, y estaba perdido sin remedio...

Entonces un hombre, un ángel, descendió rápidamente la cuesta, se abalanzó á la vía, cogió al niño entre sus brazos...

¡Oh, Adela, que momento aquel!

Pasó la locomotora rujiendo, siguió la larga hilera de wagones!... ¿Qué se había hecho el niño? qué se había hecho el hombre? Tal vez al pasar el último wagon nos dejaría ver en la vía sus miembros mutilados.

Pero no, no fué así!...

¡El hombre estaba sano y salvo al otro lado del camino, y estrechaba aun al niño entre sus brazos!

Al grito de consternacion, sucedió un grito de júbilo y entusiasmo!...

Varios caballeros bajaron por la pendiente cuesta y trajeron consigo, casi á su pesar, á aquel hombre heróico y denodado!...

—Leopoldo! es Leopoldo! dijeron mis amigas.

Yo me sentí desfallecer!... Me senté en una piedra, y empecé á llorar de gozo y de contento.

¡Oh, como cercaron todos á Leopoldo, como le colmaron de elogios por su intrépida y generosa accion!

Leopoldo en su modestia, lejos de atender á aquellas alabanzas se ocupaba en interrogar al pobre niño, que al parecer habia salido á jugar con otros niños y se habia perdido.

Cuando los curiosos se dispersaron y quedamos solo nosotros, todas mis amigas se agruparon en torno de Leopoldo, y le dijeron mil cosas lisonjeras.

Yo me habia acercado tambien, pero la emocion habia hecho un nudo en mi garganta; un inesplicable rubor me impedia pronunciar un solo acento.

Y sin embargo, los ojos de Leopoldo solo se apartaban del niño para fijarse en mí!... Parecia pedirme un gesto de aprobacion, una palabra cariñosa!...

Quizás ofendido por mi silencio pretestó la necesidad de devolver cuanto antes al pobre niño perdido á sus padres, que se hallarian en la mayor zozobra, y se alejó llevándole en sus brazos.

—Cuando es la boda, Leonor? dijo entonces Camila con su imprudencia acostumbrada. Vamos que puedes estar muy satisfecha, muy orgullosa de haber inspirado amor á un hombre semejante!

—Menos rico que tú! dijo Teodora con su dañada intencion.

—Mas rico que un rey! exclamó Camila llena de entusiasmo. Es inteligente, honrado y generoso!

Aquellos elogios tan merecidos me colmaron de placer.

—Pero estais locas, balbucée confusa, Leopoldo no se acuerda de mí, jamás me ha dicho nada!

—Esos son los que quieren bien; esos, dijo Camila abandonándose completamente á su entusiasmo, los que callan y obran! Los que aunque tengan sellada su lengua por el respeto, dejan no obstante traslucir su amor en cada una de sus acciones... Pues qué, soy yo ciega acaso! Créés por ventura que no observo el afan con que procura estar siempre á tu lado, sus furtivas miradas llenas de ternura, su constante deseo de complacerte!... Ahora mismo, solo te veia á tí en medio de todos nosotros!

¡Yo no sé como espresarte la dulce complacencia que sentí al oirla hablar en estos términos! ¿Será posible que yo ame á Leopoldo? Será posible que sea amor este santo y puro afecto que me inspira, tan diferente de la pasion vehemente y borrascosa que sentia por Cárlos?

Yo no sé si es amor, lo que sé es que le encuentro tan noble, tan digno, tan generoso, que cualquiera otra ventura me parece inferior á la ventura de llevar su nombre!

Pero estas ilusiones debian ser muy pasajeras: Teodora se encargó de destruirlas.

—¡Qué bien forja sus novelas! me dijo en voz baja.

¡Ay, que tenía razon! Cómo podia creer á Camila, si nada de lo que dice es cierto!

¡Oh, qué cruel dilema, amiga mia! Me ama? No me ama? Hé aquí la pregunta que formulan sin cesar mis lábios!

ANGELA GRASSI.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL GATO Y LA RATA.

Para jugar á este juego forman un círculo los niños dándose las manos, procurando que alterne el un sexo con el otro en su colocacion: una niña quieta en medio de la rueda es la rata, y un niño que corre por fuera es el gato. Da vueltas la rueda rápidamente de izquierda á derecha levantando los brazos los niños, para que el gato pueda pasar por debajo y penetrar en el centro, al mismo tiempo que la rata logre escaparse por la parte opuesta.

El que hace de gato corre alrededor, remedando maullidos, y procurando encontrar una entrada: cuando se acerca á un lado se estrechan prontamente los brazos, y aquel no pierde el tiempo en tratar de abrirlos, sino que corre á buscar el sitio menos

defendido. Si es diestro, entra en la rueda; pero al mismo tiempo los otros proporcionan salida á la rata, y entonces procuran encerrar al gato estrechando la cadena.

No obstante, como la ley del juego es la de girar sin descanso, el gato, siempre alerta, descubre pronto un vacío por donde evadirse y perseguir á la rata, que se refugia corriendo en la rueda, sucediendo no pocas veces que entran juntos en ella. Aun es más raro que no consiga penetrar en la rueda cuando está la rata en ella y que no la atrape, obligándola á pagar una prenda.

En este caso el gato y la rata descansan haciendo parte de la rueda, poniéndose otros en su lugar.

El juego sigue hasta tanto que todas las niñas han hecho de ratas y los niños de gatos.

Este juego á la par que es muy divertido, proporciona una ocasión de saludable ejercicio, que es el principal objeto de esta clase de entretenimientos, y que tanto contribuye al desarrollo físico de los niños.

P.



El Gato y la Rata.

CLEMENCIA.

(CONCLUSION.)

Julio la siguió, y ambos llegaron junto al lecho de Mad. Ogé, que despertando sobresaltada en medio de su sueño, y sentada en su lecho con ojos estraviados, lloraba como un niño. Clemencia procuró calmar su terror con palabras cariñosas, pero la pobre idiota sin volver en sí del terror que le había producido algún sueño quimérico, cogió con sus dos manos el cuerpo de su hija, estrechándole violentamente contra su pecho.

—Retiráos, murmuró Clemencia sin separarse de su madre. Esto le sucede muy á menudo y tarda mucho en tranquilizarse, sin soltarme de sus brazos ínterin no se le pasa el terror que á veces le dura toda la noche.

Julio, cuya alma luchaba sin cesar entre el bien y el mal, reconoció en aquella madre idiota que acudía en socorro de su hija el dedo de la Providencia, y con profundo arrepentimiento murmuró:

—Perdonad, si por mi mente ha cruzado un

pensamiento culpable, aunque fuese nacido de mi deseo de haceros feliz. En este instante habeis recibido la recompensa de vuestros sacrificios y vuestro amor filial.... Parto de vuestro lado á poner en juego el último recurso que nos queda, el de interesar á mi madre en nuestro favor.

—Hé ahí una resolución digna de vos. Partir dejándome esa esperanza, porque vuestro amor es mi vida y necesito esperar.

—Mañana parto, y no volveré hasta que acompañado de mi madre venga por vos; ¿me permitireis escribiros?

—No, nunca quiero que vuestro padre me crea culpable de vuestra desobediencia. Si alcanzo la dicha de ser vuestra esposa, quiero deberlo á vuestra perseverancia.

—Adios, pues, Clemencia.

—Adios, murmuró la jóven tomándose su mano, mientras abandonaba la otra á su infeliz madre. Julio apoyó sus labios en aquella mano casta con un religioso respeto, cual si hubiera temido profanarla.

Entonces, en medio del silencio de la noche, junto al lecho de una madre idiota, bajo la mirada de Dios, ambos cambiaron una de esas miradas que son prendas de amor eterno.

XVIII.

Un desenlace muy comun en la vida.

Si el esperar es doloroso para los que viven rodeados de venturas, es un consuelo para los desgraciados que nunca han confiado en el porvenir. Clemencia desde el día en que partió Julio dejándole tan dulces esperanzas, llevaba con más conformidad su amarga existencia, y cuando sentada al lado de su madre se ocupaba de su labor, murmuraba:

—Sin duda está trabajando en mi favor. Acaso ha convencido ya á su madre, y en breve nos trasladaremos todos á mi pueblo natal, en el que pasé tan dichosa los primeros años de mi vida. Ah! cuando pienso en que este matrimonio puede aun realizarse, quisiera como mi hermano no ser tan pobre.

Y sonriendo enjugaba una lágrima furtiva y proseguía abandonándose á sus dulces sueños. Las circunstancias materiales la favorecían, porque le sobraban discípulas, cuando la revolucion de Febrero la hizo pasar por una terrible prueba.

Un día que indiferente seguía su camino por las calles de París, encontró á una de sus discípulas desconsolada, y la dijo estrechándola en sus brazos:

—¿Cómo os habeis atrevido á salir hoy? Todo París esta alarmado, y mi padre ha ido ya á ocupar su puesto en las filas. ¿No escuchais esos gritos, ese alboroto? ¡Ah! ¡volved, volved á vuestra casa!

Apenas la jóven se encontró en la calle, el eco de algunos tiros llegó á confirmar estas noticias, y pensando solo en su madre, apresuró el paso, viéndose obligada á franquear una y muchas barricadas. Cuando en alguna querían privarla el paso, murmuraba tímidamente:

—Dejadme pasar, os lo ruego; he salido por necesidad, y vuelvo al lado de mi madre enferma.

Entonces la abrían paso, y así dando rodeos y saltando obstáculos, llegó á su casa al cabo de tres horas.

Su madre y la criada de nada se habian apercebido; pero en breve las descargas de fusilería las llenaron á todas de terror. Así pasaron aquella angustiosa noche, y así pasaron el día siguiente, hasta que la proclamacion de la república, segun noticias que pudo adquirir la criada, restableció la tranquilidad.

Una semana corrió sin que Clemencia se atreviese á recorrer las calles de París; sus recursos disminuían, porque sus ahorros se los habia entregado á su hermano al partir; y la criada, con una carta suya tuvo que ir á reclamar, bien á pesar suyo, algunas sumas que sus discípulas le debían.

Cuando pasaron aquellos días de agitacion, y Clemencia quiso continuar sus lecciones, se encontró con que sus discípulas unas habian emigrado, y otras se veían precisadas á hacer economías, contando entre las primeras la maestra de canto. Algunos meses tardó en reunir nueva clientela, que le aseguró lo necesario para cubrir las necesidades de la casa, y reconquistar en parte la tranquilidad del cuerpo, ya que la del alma la creía perdida para siempre.

A los pocos días de la revolucion, Julio la habia escrito contraviniendo á sus órdenes, y en aquella carta, que parecia escrita en un acceso de fiebre, la revelaba que aquella revolucion habia agitado horriblemente á la provincia, le habia casi arruinado á él, viéndose obligado á recurrir á su padre para hacer frente á muchos compromisos. Este detalle aterró á Clemencia, que comprendió lo que sufriría el amor propio de su amante al dar aquel paso; y aunque él afirmaba en su carta, que aquel contratiempo no hacia mas que dilatar algo su ventura, la jóven, sin

fuerza ya para resistir tantas pruebas, se desanimó por completo, y siguió esperando sin fé, aunque cada día con mas cariño.

Esperó un año, esperó otro, repitiéndose á cada instante que era insensato conservar la menor esperanza; lloraba al ver que no podía borrar de su corazón la imágen que aun á su pesar conservaba siempre.

En medio de estos tormentos perdió de repente á su madre, y aunque en el estado en que se encontraba la pobre idiota, parecia poco lamentable su pérdida, Clemencia se abandonó á toda la intensidad de un profundo dolor. Sola, sin familia, sin amigos, se vió obligada á cuidarse de todos los detalles dolorosos que van unidos á este género de desgracias, y el día en que el atahud de su madre salió por el dintel de la puerta, Clemencia se aterró de su soledad.

Del corto número de esquelas de defuncion que repartió á sus discípulas, para que sirviesen de disculpa á su falta de asistencia, creyó conveniente enviar una á la familia Moreau, creyendo que por este medio indirecto Julio se apresuraria á ofrecerle algun consuelo.

A la semana siguiente recibió en efecto una carta cuyo sobre estaba trazado por el padre de Julio, con mano firme; rompió el sobre sin poder dominar su temor, leyó una esquela, tambien impresa y concebida en estos términos: «M. J. B. C. A. Moreau, Alcalde de la ciudad de C... Oficial de la Legion de Honor, y su esposa, tienen el honor de participaros el efectuado enlace de su hijo Mr. Julio Moreau con la señorita Maria Ducillier.»

No trataremos de pintar lo que pasó en el corazón de Clemencia: durante un mes leyó todos los días la papeleta fatal, y como si esta misma prestase valor á su alma, cada día se iba mostrando mas tranquila, advirtiéndose solo, que su palidez era mas mate, y que entre sus negros cabellos comenzaban á verse algunas hebras de plata.

El cambio, ó mas bien la traicion de Julio, está esplicada en breves frases. ¡Ah, sí! muy breves, porque es mas fácil seguir al hombre que se hunde en el polvo, que al que se eleva sobre los demás. Julio al volver junto á sus padres trató de obtener el apoyo de su madre, encontrando en ella la misma obstinacion que en el autor de sus días; ambos trataban á Clemencia de egoista, de aventurera, inspirando al corazón de Julio una soberbia y un deseo de venganza, que hubiera saltado por todas las consideraciones, para asegurarse la mano de Clemencia. La revolucion y la pérdida de su fortuna le hicieron doblegarse de nuevo á sus padres, y cuando escribió á Clemencia la última carta que conocemos, habian muerto todas sus esperanzas. Para distraer su dolor, ó mas bien su desesperacion, se arrojó de nuevo en brazos de los desórdenes á que habia prometido re-

nunciar, lo cual preferian sus padres, segun decian, á un enlace indigno de él.

El amor, cuando desciende de su altura, no puede ni aun vejetar: para vivir necesita un aire libre y puro, y no florece nunca en el fango. El amor de Julio pasó bien pronto al género de los recuerdos, persuadiéndose que al cabo de dos años la jóven le habria olvidado tambien.

En esta época, y cuando menos pensaba en casarse, la jóven María que varias veces le habia propuesto su madre para esposa, siendo siempre rechazada por él, heredó de una prima lejana una fortuna de trescientos mil francos. Era una verdadera tentacion, y Julio no supo resistir á ella, verificándose con gran pompa el matrimonio, despues del cual Mr. Moreau se le participó á Clemencia sin la menor noticia de su hijo.

XIX.

La brillante artista y la hija de familia.

Un año habria transcurrido desde los sucesos que acabamos de relatar, cuando en una fria tarde de otoño, Clemencia oyó llamar á la puerta de su casa, y su fiel criada, que no habia consentido en abandonarla, anunció á la condesa de Williers. La jóven corrió á su encuentro conmovida, y las dos amigas permanecieron abrazadas, en silencio algunos instantes.

—¡Pobre hija mia! dijo al fin Laura, hace dos dias que he llegado á París enterándome de la pérdida que habeis sufrido. Hoy el alma de vuestra madre está en el cielo, y desde allí velará por vos! ¿Y vuestras lecciones? ¿cantais alguna vez aunque sea en la soledad? Si vierais cuántos artistas malos he admirado en los primeros teatros de Europa! Pero aun no os he pedido perdon por no haberos escrito en tanto tiempo, y es que tambien á nosotros nos han ocurrido algunos contratiempos, siendo el principal que el Conde está arruinado.

—¡Vuestro esposo! exclamó la jóven fijando con sorpresa sus ojos en el rostro de la Condesa.

Pero en lugar de la espresion de tristeza que creyó encontrar en el rostro de su amiga, la mirada de Laura era mas ardiente que nunca, y una sonrisa de satisfaccion entreabria sus lábios.

—A vos puedo confesároslo todo, murmuró á media voz, jamás me he sentido mas dichosa. La fortuna del Conde me alejaba del teatro, y su nueva posicion me pone en el deber de volver á él, ¡qué dulce deber! y por otra parte qué dicha para mí, el poder devolver al hombre que amo alguna de las comodidades que con tanto cariño me ofreció á mí un dia? Acabo de firmar una magnífica contrata para Rusia, y antes de partir daré algun concierto de des-

pedida en París, volviendo á escuchar los bravos y palmadas de este público querido... ¡Ah! no hay alegrías en el mundo que valgan tanto!

Y cambiando repentinamente de tono prosiguió:

—¿Y vos estais contenta con vuestra penosa ocupacion?

—Tengo mas lecciones que las que puedo dar.

—¿Y vuestro hermano?

—En la California.

—Y?...

La Condesa iba á hacer una pregunta que detuvo en sus lábios, recordando que si ella habia podido adivinar, nada le habian revelado. Clemencia lo comprendió, y estrechando su mano y dejando asomar una lágrima á sus ojos murmuró:

—Mi madre ha muerto, mi hermano acaso no le volveré á ver, y *nadie* en el mundo se interesa por mí. Estoy completamente sola.

El corazon de Laura se conmovió ante estas amargas frases, y aguardando un instante para reponerse prosiguió con tono cariñoso:

—Cuando hace algunos años os invité á salir al teatro, os opusisteis por consideracion á un sér querido, no me lo negueis! Hoy todo ha cambiado, estais sola en el mundo, y podeis venir á participar de mis triunfos.

—¡Oh! no, hay vacíos que nada puede llenar. Lo que se pierde en el mundo no se recobra; además, no haré por mí sola lo que no hice por mi madre y por mi hermano. Pude proporcionarles la fortuna, y me negué á ello porque aguardaba otra ventura... Dios no me la ha concedido. Si hoy en un acceso de locura uniese mi suerte á la vuestra, mañana volviendo en mí, desfalleceria á la mitad del camino.

—Pero, desgraciada, ¿no pensais en vuestro aislamiento, en vuestras necesidades, y en la miseria que acaso os aguarda?

—Tendré valor, como lo he tenido hasta aquí.

—Vengáos de él conquistando la gloria.

—Lejos de vengarme, ruego y rogaré á Dios todos los dias por él.

La Condesa desistió en vista de esta firme resolucion y se despidió de su amiga, que le dijo conmovida estas palabras:

—Adios, Laura querida, ó mas bien hasta la vista: nunca olvidaré vuestros esfuerzos por arrastrarme á una vida mejor, pero no está en nuestra mano cambiar el destino: vuestro lugar está al sol y el mio está á la sombra.

XX.

Conclusion.

Hemos llegado al término de nuestra historia. Seis veces la primavera ha reverdecido los cam-

pos, y seis veces el soplo del invierno los ha cubierto de una dilatada alfombra de nieve. También la frente de Clemencia se ve cubierta de nieve, nieve que no deshará el sol de la primavera.

Clemencia sigue ejerciendo su penosa profesión, recorriendo cada día las calles de París sin temor al frío ni á la lluvia, y adquiriendo reputación de una excelente profesora. A veces alcanza alguna parte de las alegrías de los demás, recayendo sobre ella la gloria de una discípula aventajada, ó presidiendo la mágica armonía que bajo las bóvedas de un templo se eleva desde la tierra al cielo. Con frecuencia recibe cartas de su hermano, que olvidado de ella cuando á su lado vivía, parece abrigar en el alma un tesoro de cariño fraternal, escribiéndola tiernas cartas que la consuelan en su dolor. Sus progresos en el nuevo mundo no fueron tan rápidos como se prometió; pero al fin logró crearse una fortuna que redondeó con un matrimonio ventajoso.

Clemencia disfrutó también un día de placer: aquel en que gracias á su perseverancia y economías, pudo devolver á su antiguo amante la cantidad que le pidió para salvar á su hermano.

Al recibir los billetes, Julio murmuró con frialdad:

—Hé aquí un dinero que contaba perdido; y prosiguió jugando con sus dos hijos, que saltaban sobre sus rodillas.

¿Clemencia es dichosa? Si la dicha consiste en la tranquilidad de la conciencia y en la moderación de los deseos, nadie como ella; pero Clemencia ama. Clemencia no ha sido bastante fuerte para arrojar de su corazón una imagen acariciada por muchos años, y bajo su aparente calma hay un sentimiento de dolor que mitiga la conciencia de un deber cumplido.

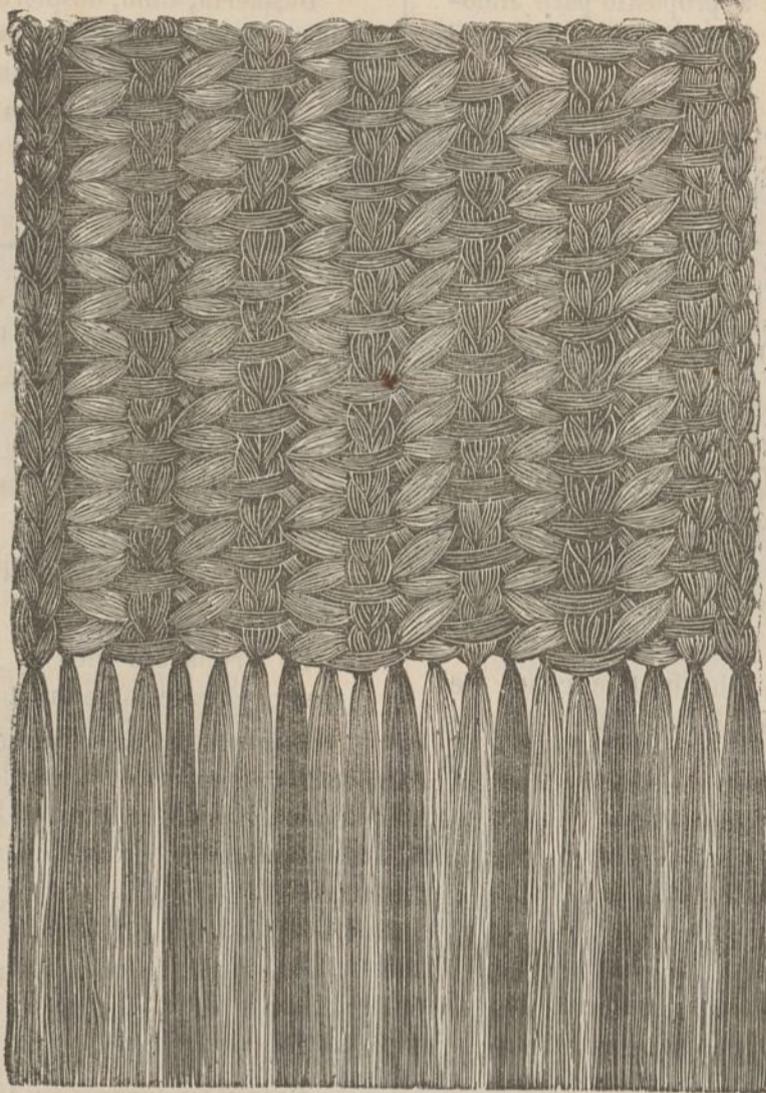
Ha amado, ha sufrido, ha desdeñado la gloria, y ha preferido su deber á todo...

La palma de semejante vida no se coje nunca sobre la tierra!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LABORES.

Sencillez y novedad: hé aquí el lema que podrían llevar la mayor parte de nuestros modelos de labores, y muy especialmente el que representa el grabado. Es un nuevo punto de *crochet* tunecino, género Smirna, ejecutado con seda color de oro y estambre negro, punzó, verde, violeta, azul y blanco.



Punto de *crochet* tunecino.

La combinación de estos colores, ó los que se elijan á gusto de quien lo ejecute, le dan un aspecto rico y nuevo, resultando las rayas perpendiculares de estambre de color, alternadas; los puntos que sobre ellas atraviesan de estambre negro, y el zig-zags de seda amarilla. Para la ejecución se necesitan dos agujas de *crochet*, una de ellas sin bola en el remate superior.

Se principia con esta última y por ejecutar una cadeneta con estambre negro, del ancho que se quiera la tira, y se remata dejando cabo al final para fleco.

1.^a *Vuelta*. — Con seda doble: se principia desde el mismo sitio que la vuelta anterior, y se va sa-

cando un punto por cada uno de la cadeneta, que se van conservando en la aguja como en el tunecino, dejando al final un cabo igual de seda, y cortando ésta.

2.^a — Con estambre negro. Se principia la vuelta por el mismo lado que la anterior, para lo cual hay necesidad de correr los puntos al otro extremo de la aguja, como en las de hacer media, y con la otra aguja se toma el punto por detrás de modo que al sacarle de la aguja quede cruzado, y se saca al mismo tiempo un punto de lana, que se conserva en la aguja, repitiendo lo mismo hasta sacar de la anterior todos los puntos, cortando al final el estambre con su cabo correspondiente.

3.^a — Con estambre de cualquiera de los colores se

principia por el lado opuesto dejando el cabo igual, y se saca el primer punto, y luego de dos en dos, como el tunecino.

4.^a—Con seda y el crochet sin bola : se va sacando un punto por cada uno de los horizontales y conservándolos en la aguja.

5.^a—Como la segunda.

6.^a—Como la tercera.

7.^a—Como la cuarta.

Y alternando estas tres vueltas se forma el lindo tejido que ofrece el modelo, á propósito para almohadones, sobrecamas, etc., resultando el fleco del tejido mismo.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LA TEMPESTAD Y EL NIÑO.

Las aves rozan la superficie de tierra, vuelan en silencio, no saben adónde ir. El cielo está oscuro, la atmósfera pesada, las nubes y la tempestad se ciernen en el espacio, el viento gime detrás de la montaña, y el eco prolonga sus gemidos.

El polvo se arremolina, sube hasta el cielo, y el viento arrebató las hojas y las aristas. Mira las nubes como se van apiñando á manera de copos de lana cardada.

Dios nos proteja! De aquella nube se ha desprendido una sierpe de fuego! todo se rompe! Qué trastorno! Las vidrieras, y hasta las casas se estremecen, y sin embargo, el niño duerme, descansa en la cuna sin inquietarse por nada.

Oyes qué ruido? no cesa, nos va á dejar sordos!.. Esto nos faltaba! ¡Válgame Dios! el rayo ha partido el olmo del jardín!

Y el niño duerme. ¿Qué le importa la tempestad? El ángel del Señor vela su cuna, su respiración es ligera, se ha movido... es que se vuelve al otro lado... Duerme, hijo mio, duerme.

Mira, mira, no ves aquella línea de fuego? Escucha, la tempestad se acerca... cierra las persianas... Vamos, será como el año pasado. ¡Adios cosechal

Ya llueve. ¡Cómo se aumenta el arroyo! El granizo golpea en la ventana, la tempestad no cesa, tras ella vendrá la miseria para todos.

Verdad es que la otra vez tambien lo temimos, y no obstante, despues de la tormenta vino la calma, y todo estaba mas bello que antes.

El niño sigue durmiendo, no le inquieta el gra-

nizo; dirá para sí. ¿Por qué llorar? Mi ración la tengo segura; y es verdad, gracias á Dios, hasta el día nunca nos ha faltado el pan.

¡Oh, si tuviéramos todos la confianza de los niños! Que llueva, que granice, que hiele, los niños se duermen y sueñan con Dios, y el Señor les envía sus ángeles para que los arrullen y protejan.

Ya se aleja la tempestad! ¡Con qué prontitud se ha calmado! El sol brilla de nuevo. Demos gracias á Dios. Aun nos quedan mieses en la pradera y frutas en los árboles.

Despierta, niño, despierta. ¡Oh, qué bien ha dormido! No sabe lo que ha pasado... Mira, mujer, mira que cara! Su rostro es mas bello que antes, diríase que la humedad le ha refrescado.

MICAELA DE SILVA.

POESÍA DE BUCKERL.

¡Oh, madre mia! yo no puedo hilar, es imposible que pueda estarme quieta, este cuarto es muy pequeño, esta casa es muy reducida.

El huso se detiene, el hilo se rompe, es necesario que yo salga.

La Primavera luce al través de los cristales. ¿Quién podrá estarse quieta hilando!

Dejadme, madre mia, dejadme ir á ver como revolotean las aves, como sopla el viento, como se columpian las flores. Permitidme que vaya á recoger algunas, para ceñir con ellas mis rubios cabellos.

Si los mozos acuden en alegre tropel, y quieren acercarse á mí, huiré antes de que lleguen, esconderéme detrás de los arbustos, y no saldré hasta que sus voces y el ruido de sus pasos se pierdan en lontananza.

Pero si un jóven muy tímido, muy modesto, viene á ofrecerme una florecilla para mi guirnalda, ¿deberé aceptarla? ¡Oh, mi buena madre! ¿Podré mirarle con agrado y dejar que alguna vez se siente junto á mí?

Por lo no Armado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1863.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

CÓRDOBA



DE UNA FOTOGRAFIA.

LIT. C. LEAUTIER. SEVILLA

LA ANDALUCIA

Vista del arco de la Puerta Nueva, momento antes de pasar S. S. M. M.

